

There are no translations available.



A nadie honesto le queda un ápice de duda de que los terroristas que tratan de derrocar al gobierno de Bashar Assad desde hace dos años no son “rebeldes sirios” que luchan por la democracia y los derechos humanos, en medio de un genocidio ejecutado por ellos y financiado por Estados Unidos, las monarquías y principados petroleros del Golfo Pérsico.

Son mercenarios provenientes de varias decenas de países, reclutados y armados para matar y destruir, devastar un país pacífico donde conviven todas las religiones (como ocurría también en Irak, antes de su “liberación”, al costo de 700 mil víctimas fatales y la destrucción de su patrimonio cultural).

¿Por qué Siria? Porque está geográficamente en el camino hacia Irán, próximo objetivo de un plan denunciado por un general norteamericano de apoderarse de toda la región con la ayuda de su socio (más bien, cómplice) en la región, el agresivo gobierno de Israel.

Ya la tarea ha sido adelantada con relativo éxito en Afganistán, Irak y Libia, sucesivamente, y el procedimiento aplicado en Libia se pretende repetir en Siria, donde sus sanguinarios “luchadores por la libertad” han demostrado de lo que son capaces, hasta con los niños llevados al sitio donde fueron sacrificados con armas químicas, para acusar al gobierno sirio de este crimen horrendo. Era la señal acordada para el Plan B.

Sin prueba alguna ni autorización de la ONU ni de ningún tribunal internacional, el presidente

de Estados Unidos anuncia “un castigo” al gobierno sirio mediante bombardeos (como los de Libia) y mueve para ese fin a su aparato de guerra a las costas del ya castigado país.

Pero Barack Obama tiene varios problemas que le están volando los tapones, a raíz de su demencial empeño en seguir la tradición de Policía del Mundo, que siempre ha sido la vocación de casi todos los gobiernos imperialistas. Cree que el Congreso de EEUU es el Parlamento del Universo y, por tanto, es al único a quien debe consultar para castigar pueblos y gobiernos, intervenir y guerrear donde le dé su real gana.

Las cosas no le están saliendo como él esperaba. Se ha levantado una protesta mundial contra la agresión a Siria. Sus cómplices europeos están guabineando, y no es para menos, pues la crisis económica que los aturde no les da libertad de movimientos para emprender esta nueva aventura bélica, absolutamente injustificada.

El Papa Francisco no es el polaco o el alemán temeroso de enfrentar al coloso con pies de barro que presenta hoy la ridícula imagen de un Premio Nóbel de la Paz y presunto defensor de los derechos humanos apoyando, propiciando y financiando un terrorismo sanguinario y salvaje, para imponerle al mundo una nueva guerra, que no sería local ni corta y que sólo beneficiaría a mediano plazo al gran capital petrolero y armamentista, especialmente de origen sionista. De ahí el empeño guerrerista de Israel.

Tampoco Rusia y China se hacen los desentendidos. Saben que sus riquezas naturales están en la mira final de los buitres de la guerra, al igual que Venezuela, país petrolero para el que también tienen planes violentos, a corto plazo, estos degenerados.

Obama está a punto de un colapso emocional. Quiere sangre y la gente no lo comprende.

Minsk, septiembre de 2013.

Américo Díaz Núñez / Periodista, Venezuela

{comments off}